

ESCUELA DE EMOCIONES

SE HALLABA TAN tranquilo leyendo cuando de repente entraron en su casa y empezaron a felicitarlo, a abrazarlo muy efusivamente. Me habéis interrumpido, dijo furioso. Ellas llevaban pieles de zorra. Sonreían. Le dijeron que se sentían muy satisfechas de saber que por fin lo habían aceptado en la Escuela de Emociones. Él nunca había oído hablar de ese sitio. Se lo comentó a ellas, y le dijeron que últimamente se olvidaba muy rápido de todo, que no hacía ni una hora que les había comunicado alborozado que por fin lo habían aceptado en la escuela. Y nos encantó la noticia, le dijeron, porque así aprenderás lo que son las emociones verdaderas, esas que sólo se dan en la vida, nunca en los libros. Malditas zorras, pensó, me toman por idiota, creen que no me he dado cuenta de dónde realmente pretenden que me matricule o, mejor dicho, matricularme. Lo que a él más le sorprendía en este caso era que al manicomio le hubieran buscado un nombre tan sofisticado. Escuela de Emociones. Les dijo que no estaba loco, que ni lo soñaran, que iba a ofrecer absoluta resistencia a cualquier traslado, que de su casa no lo movía nadie. Hace ya demasiados años, le dijo su madre, que de aquí no quieres moverte, y así estás que das pena, hijo. Los libros, apostilló Leonor, han hecho que ya no tengas ni el menor contacto con la realidad. Les pidió por favor que se marcharan con sus pieles a otro laberinto. Quiero pudrirme aquí, dijo en tono solemne y observándolas por encima de los lentes montados sobre la punta de la nariz. No, no, y no, le respondieron. Y a continuación fingieron las dos un llanto desconsolado. Él no se dejó impresionar, pero sabía que no tardarían en reprocharle que nunca se emocionaba. Es que nada te conmueve, le dijeron, ni tan siquiera el dolor de una madre y de una hermana. Imitó a una persona emocionada. Le dijeron: No engañas a nadie, en la escuela aprenderás a emocionarte de verdad.

Cuando por fin, tras una violenta escena, logró que se marcharan, se encerró bajo doble llave en su estudio y prosiguió la lectura que ellas habían interrumpido. Una historia de amor en las playas del Índico. Al terminar la lectura, Walter cerró el libro y se quedó pensando en la similitud de la historia con la de Romeo y Julieta y también con la de un suceso que había tenido lugar hacía muchos años, durante la primera guerra mundial, en el pueblo donde él había nacido. Estaba pensando en todo esto cuando entraron de nuevo en la casa su madre y su hermana, ésta vez acompañadas de refuerzos de bata blanca. Se inició una batalla campal. Cuando recuperó la conciencia, se hallaba en una espaciosa sala blanca, asateado por las miradas escrutadoras de los profesores de la Escuela de Emociones. Su primera y conmovedora reacción fue perdonarlos, luego los saludó y les contó a bocajarro la trágica historia de amor en las playas del Índico. Todos enar-

caron las cejas e intercambiaron inequívocas miradas de complicidad. Está peor de lo que creíamos, parecían estar diciendo los profesores. Falta absoluta de sensibilidad, pensó Walter. Y a partir de aquel momento dio por hecho que en la Escuela de Emociones los profesores lo ignoraban todo sobre la emoción.

La frialdad de las salas, la extrema blancura de los pasillos, el paisaje nevado que rodeaba la escuela, todo remitía a ese mármol frío que era la vida para Walter. Y sin embargo, el director, al recibirlo aquel mismo día en su despacho, se empeñó en darle una calurosa bienvenida, una lección de repudio absoluto de la frialdad. Lo abrazó tan efusivamente como horas antes lo hicieran su madre y su hermana. Entonces Walter decidió poner a prueba al director, saber si tenía sentido del humor, y le dijo que deseaba ser su más ferviente y emocionado discípulo. El director, tras una clara mirada de desconfianza, le preguntó cómo se llamaba y de dónde venía. Gargantúa, dijo Walter. El director, sin inmutarse, insistió en saber de dónde venía. Y en ese momento Walter comprendió que estaba perdido, porque de golpe, tuvo la certeza de que nunca más saldría de allí. Le contestó balbuceando que venía de una familia de la Montaña Mágica. Muy bien, dijo el director y, a continuación, le resumió, o más bien trató de resumirle, la historia de la emoción a través de los siglos. Pero el hombre no tenía el don de la palabra, no sabía hablar demasiado bien, no enlazaba del todo correctamente las frases, de modo que difícilmente podía comunicar emociones, menos aún enseñarlas. Como introductor de las mismas, más bien parecía un cero a la izquierda. Y lo que aún era peor: tenía una clara tendencia a convertirse en estatua de mármol si alguien, por ejemplo, le contaba una trágica historia de amor en las playas del Índico.

En el atardecer de aquel primer día de estancia en la escuela, y sin haber pisado todavía aula alguna, Walter pudo ver por vez primera a los alumnos. Antes de ir a dormir, era costumbre de la dirección dejarlos vagar un rato por el patio central, un sombrío patio cuadrangular, iluminado tan sólo por la débil luz de un amarillento foco. Por allí vagaban, con oscura vocación de fugitivos, los alumnos. Walter pudo oír algunas frases sueltas, susurradas con tristeza al atardecer: "Me extraña que no exista nada cómico", "Todavía he de padecer las reglas que aquí rigen", "Me muero, no te asustes". Esta última frase, dicha poco antes de que un prolongado silbato anunciara el fin de la función, la pronunció una mujer de extrema belleza, ojos vidriosos y sonrisa tan cristalina como su mirada: el ideal femenino, siempre soñado, de Walter, que de repente recordó que en las novelas rusas los balnearios o manicomios eran lugares donde invariablemente sucedía lo imprevisto: dos seres solitarios, por ejemplo, transportados

allí por la enfermedad o la desdicha, se cruzaban en su caminata vespertina, y sus miradas se encontraban al caer la tarde y, magnetizados mutuamente, se sentaban en el mismo banco de hierro forjado e intercambiaban unas primeras frases.

Pero la permanencia del silbato impedía tan plácida escena, de modo que Walter se acercó apresuradamente a la bella alumna y le preguntó qué hacía allí tan triste vagando por el patio rectangular del infinito aburrimiento. Exactamente eso, le contestó ella, vagar por este extraño mundo esperando que pronto venga la muerte. Walter se quedó mirándola por encima de los lentes montados sobre la punta de la nariz. Me llamo Gianozza, dijo ella, y mi historia es muy sencilla y muy trágica a la vez. Tiempo atrás, me enamoré de un joven llamado Mariotto y, al no poder manifestar públicamente nuestro amor, nos casamos en secreto...

La historia quedó aquí interrumpida, porque un guardián de las emociones los separó. Y a Walter le pareció que también él se había casado en secreto con ella. Basta por hoy, dijo el guardián. Y en esta ocasión el silbato sonó más cerca, y Gianozza, posiblemente sorda, se perdió en la noche. Posiblemente muy sorda, porque Walter se cansó de llamarla para que regresara. Al final, se quedó solo en el centro del patio, y acabó recogiendo en la minúscula celda que le habían asignado. Sin saber por qué, notaba que comenzaba a sentirse feliz. Y no pudo conciliar el sueño pensando en las tres únicas pero contundentes certezas que le quedaban: nunca más saldría de allí, estaba sin libros, estaba enamorado. Se dijo que la situación en la que se hallaba era la secuela de emociones antiguas, y en la oscuridad de la celda reconstruyó para sí mismo el resto de la trágica historia de amor de Gianozza.

Se casan en secreto, musitó en el silencio de la noche. Y tras una breve reflexión, continuó así: los casa un fraile que es amigo. Poco después Mariotto tiene una disputa con un ciudadano, lo mata, es desterrado y huye a Alejandría; su hermano queda encargado de informarle sobre la situación de Gianozza. Entretanto, el padre de Gianozza quiere obligarla a ella a contraer matrimonio; pero el servicial monje le hace tomar un brebaje, que la hace aparecer muerta, aunque sólo está dormida, y es enterrada en la cripta familiar. Por la noche el monje la saca de la cripta y ella huye a Alejandría disfrazada de fraile. Entretanto Mariotto no ha recibido la carta en que Gianozza le informa de sus planes, pero sí en cambio la noticia de su muerte, a través de su hermano. Disfrazado de peregrino, regresa a su ciudad y penetra en la cripta, siendo allí apresado, reconocido y condenado a muerte. Gianozza, que le ha buscado inútilmente en Alejandría, se entera a su regreso de la ejecución, y comienza entonces a vagar por este extraño mundo esperando que pronto venga la muerte, y llega hasta la Escuela de Emociones, donde me encuentra a mí, que nunca más saldré de aquí, de la escuela, que estoy sin libros, y que estoy enamorado.

Se durmió Walter sintiendo el calor de la emoción sobre el mármol y viendo gotas de sangre sobre la nieve que rodeaba la escuela. Cuando a la mañana siguiente despertó, se sentía el hombre más feliz del mundo y se preguntó qué nuevas historias le depararía el día. Luego, pidió audiencia para ver al director y, cuando estuvo ante él, se ofreció como guardián supremo de las emociones.

Barcelona, abril 1989



El Colegio de México, 1975